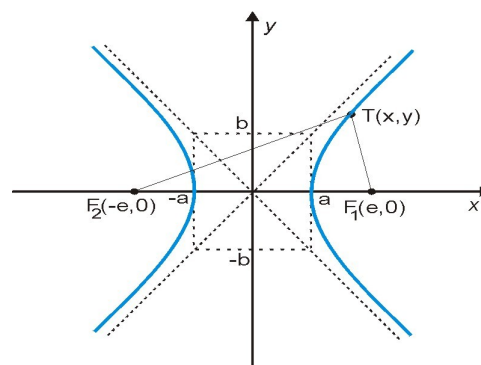


# La metáfora de la parábola de la hipérbola

Mateo Kyezitri

- La última vez que te vi no estábamos así. – Fue lo primero que irónicamente le dije, tras un distante saludo, al sentarme en el asiento del tren frente a ella. El trayecto hasta Zaragoza supondría dos horas y media sentado frente a una mujer a la que llevaba dos años sin ver después de una breve pero intensa relación de un par de meses: vamos, una auténtica desconocida de cuerpo bien sabido.



Me embargaba la curiosidad por saber cómo le habría ido con la misma intensidad con la que me embriagaba, por enésima vez, su discreto perfume. Intenté mantener la compostura con frialdad y educación del mismo modo que un ciclista de élite disimula su sufrimiento al subir un puerto de montaña vistiendo su cara de inexpresividad. Pero no era nada fácil, no. Atravesó mi vida como una lanza de punta afilada, dejando al salir un corte profundo y limpio de los que requieren cuantioso tiempo de cicatrización; y perdona, amigo, que mis metáforas esta noche sean tan ñoñas y ridículas, pero cuando toma la palabra el corazón, de poco sirve la brillantez de expresión ante el fluir de sentimientos abotargados.

No puedo resistirme a describirla, a desnudar su cuerpo a distancia para hacerla presente y rememorar para ti ese oscuro objeto de deseo. No puedo permitir que tu imaginación se forme libremente una concepción arbitraria de esa mujer, no le haría justicia, no.

Esbelta garza de elevado cuello y tersos senos,  
de prietos muslos y voluptuosos labios,  
de rectos hombros y fina y larga cabellera rubia.  
Clara gacela de afilado contorno  
y ojos rasgados  
que a las primeras de cambio  
emprendes la carrera huyendo del peligro.

Y no creas que la divinizo, o que la subjetividad de la pasión distorsiona mi imagen; ha pasado ya tiempo suficiente y desde la distancia temporal es más complicado conservar la miopía. ¡Qué contradicción acabo de decir! Perdona otra vez.

Era profesora de matemáticas en el mismo instituto en el que yo lo era de economía. Una chica particular –por no decir rara- a simple vista con una marcada obsesión por la hipérbolas que yo nunca llegué a entender (o eso creo). ¿Cómo que los arcos de la hipérbola se encuentran en el infinito? En una elipse la unión es evidente, el contorno cerrado y bien delimitado, ¿verdad? Pero, ¿en una hipérbola? ¿Alfa y omega acariciándose? ¿Dónde estaba ese infinito del que me hablaba ella, si cuanto más alargaba los brazos de la hipérbola, más se alejaban entre sí?

- Que no, que no -me recriminaba- no prolongues nada, y siéntete afortunado porque el extremo de la hipérbola está tan cerca que casi roza el principio.

Y, en caso de que así fuese, no me interesaba que la meta estuviese casi en la salida porque eso me obligaba a plantearme que no tenía sentido luchar por llegar más lejos en la vida, por dejarse la piel en busca de los objetivos que nos marcamos en la vida. Yo, un defensor acérrimo del esfuerzo como garantía de éxito al que una mujer intentaba cambiar la concepción vital apostando por la pasividad. Me abrumaba: un día demostraba la existencia de Dios diciendo que lo que nace, muerte y vuelve al mismo sitio, al Cielo. Otro día refutaba su existencia –más bien, relativizaba su importancia- alegando que, hiciésemos lo que hiciésemos, llegaríamos al mismo lugar, independientemente de los caminos que tomásemos.

Y llegó un día en el que comprendí lo que era el infinito, el dolor infinito. Al despertar ya no estaba allí, y su neceser tampoco. No volvió a comer, ni a cenar, ni a dormir. Me invadió la incertidumbre de la ignorancia, la culpabilidad de la inocencia, la impotencia de la indefensión. Había llegado a mi lugar de salida, a mi meta, a la soledad de nuevo.

Dos años después, el caprichoso azar quiso que nos encontrásemos en ese tren destino Zaragoza. Me contó que iba a un congreso de matemáticas y lógica borrosa en Barcelona, era ponente de una sesión plenaria y eso la enorgullecía. De forma discreta también averigüé que estaba soltera y sin compromiso, pero lo que realmente me corrompía las entrañas era no conocer las razones de su desaparición. Esa repentina huida había desembocado en una retahíla de noches en vela a la luz de la única pregunta de un por qué con la respuesta del silencio en el alboroto de la noche madrileña. Mi estrechez de miras era herramienta insuficiente para alumbrar unas razones ante las que, como suele suceder en cuestiones femeninas, era inútil chocar.

Cuando la conversación se difuminaba entre formalismos y miradas sospechosas –para que haya sospechosos tiene que haber culpables-, me armé de valor y por fin solicité formalmente los argumentos del abandono. Me miró a los ojos, sonrió de perfil, miró a través de la ventanilla a un horizonte indeterminado, me volvió a mirar como se mira a un corderillo inocente con destino al matadero y, sólo entonces, tomó la palabra:

- ¿Te acuerdas lo que disfrutábamos juntos hace dos años? Riendo en cines y restaurantes baratos, ajenos al mundo exterior. ¿Recuerdas el sofá-cama de mi ático en Lavapiés? Echo de menos aquellos momentos, y me gustaría volver a repetir. Comenzar desde el principio igual que una hipérbola que ha recorrido la penosa travesía hasta el infinito y regresa triunfal a las proximidades del inicio de su periplo. Podemos intentarlo por segunda vez, con la experiencia de un fracaso pero la ilusión de una esperanza, ¿no crees?

No se llama cólera al sentimiento que te aborda cuando, después de una lenta sedimentación de dolor y sufrimiento, escuchas lo que no esperabas y se invierte íntegramente tu concepción del mundo. No se llama rencor a la indefensión ante el despecho de quien tiene bien asido el asa del poder. Pregunto por argumentos y me contestan con proposiciones, eso es trampa, un engaño, un motivo para enfurecerse ante la poca vergüenza de un hijo pródigo que ni siquiera se arrepiente. Pero el corazón se deja engañar inconscientemente cuando se conserva el amor, mira hacia otro lado y sigue hacia delante. Un turbio velo de mala memoria recubre los motivos del rencor y se disipa el odio como por arte de birlibirloque. No queda más remedio que rendirse ante la evidencia y aceptar el instinto innato de escaquearse de la soledad.

Le di un “sí” que suponía mi capitulación sin concesiones y me sonrió:

- ¿Ahora comprendes, amor, lo que es una hipérbola?